SEGUNDA PARTE.

Yá dije en la primer parte,
noble auditorio discreto,
como el ama, y la criada
á la ciudad se volvieron,
depues de echar en las aguas
el arca, y la niña dentro,
mas de allí á poca distancia,
y despues de corto trecho
se detuvo en unos troncos
que consumidos del tiempo
tenian dentro del agua
metida gran parte de ellos.
Tiernamente zozobraba,
con suspiros; que hasta el cielo
suben los llantos humildes
pidiendo favor en ellos,
á cuyo tiempo pasaba
por aquel sitio un barquero;
elevado y compasivo
confuso, admirado y yerto
se quedó cuando en las aguas
oyó suspiros tan tiernos
púsose sobre los troncos,
y sacando á salvamento
el arca la abrió y sacó
la niña que estaba dentro,
llevóla en sus mismos brazos
á su choza, y disponiendo
las diligencias precisas
para conducirla al pueblo,
remitióla á la ciudad
y le sacaron del pecho
el papel, en que decia
el bautismo es el que espero.
Dierónselo, y su padrino
vino á ser su propio abuelo
padre de don Cárlos, que
asi lo permitió el cielo.
Y en el sagrado Bautismo
Rosalía le pusieron,
del Rio, que este apellido
le viene bien de derecho,
y el barquero agradecido
le presentó al caballero
la joya de oro, que
le halló á la niña en el pecho
la cual la conoció al punto,
y ha dicho válgame el Cielo,
quien te ha dado aquesta pren-
de á dónde te vino esto? (da
El barquero le contó
fisicamente lo cierto.
En fin se quedó con ella
varias cosas discurriendo.
Quedóse la niña á cargo
de su padrino y abuelo,
y un ama para criarla
llevó á su palacio mesmo,

Divulgóse en la ciudad
este caso en breve tiempo,
y la dama se previno
haciéndose este concepto:
si la criada descubre
el secreto de su pecho,
he de quedar desdorada
sin honra, punto, ni crédito
y asi para no vivir
con el sobresalto, quiero
darle la muerte, y asi
nada será descubierto.
Llegó la noche, y la dama
previno un puñal sangriento
y estando ya recogida
la gente, con gran silencio
fué al cuarto donde dormia
la criada, y descubriendo
su blanco pecho, le dió
con el afilado acero
una puñalada, que
no le dió lugar, ni tiempo
á que dijera Jesús,
y con varonil esfuerzo
la tomó en sus mismos brazos
y la echó en un sumidero.
Nadie llegó á saber cosa
por diligencias que hicieron.
Despues saliendo esta dama
á cierto divertimiento
una tarde, se encontró
en la calle á un muchachuelo
que este en sus brazos traia
la niña con mucho aseo,
pidiósela para verla,
y lo engañó con dinero,
diciendo que en aquel sitio
le aguarde que vuelve presto
A su casa la llevó
y le metió entre los dedos
un anillo que tenia
de valor quinientos pesos,
y un letrero que decia
de la hermosa prenda el dueño
Hizo una cuba de tablas
y metió la niña dentro,
y siendo las oraciones
sin estorbarle el recelo,
susto, miedo, ni zozobra,
pesadumbre ó sentimiento,
se fué á la orilla del mar,
y echó la niña en su centro:
pero la suma bondad
de Dios quiso que un lucero
fuera sobre dicha cuba
como del farol sirviendo,
y por espumosas ondas,
y cristalinos espejos
navegó toda la noche
siendo Dios el marinero
de esta nave, que llevaba
un ángel hermoso dentro.
Era noche de San Juan
cuando sucedió el suceso,

en cuya noche los mozos
tienen su divertimiento
saliéndose á la marina
á gozar del aire fresco,
embarcándose en sus lanchas
tocando mil instrumentos,
entre los cuales estaba,
Don Cárlos, y quiso el Cielo,
que otro no llegase á ver
las luces de aquel lucero
sino es el, y partió al punto
en un bergantin pequeño,
y estando en sus cercanias
las luces se oscurecieron:
llegó, y sacando la cuba
volvió á tierra y con anhelo
la abrió y viendo aquella niña
se quedó absorto, y suspenso,
y mas quedó cuando vió
el anillo de sus dedos.
y el letrero que decia
aunque con mucho silencio,
soy propio de Doña Elena,
y en si mismo concibiendo,
que era su hija, lloraba,
y con paternal deseo
procuró el buscarle un ama
para crianza y enseño.
En esta sazon tenia
su amo un infante tierno,
que una cristiana cautiva
lo estaba criando al pecho.
Pero el Redentor divino
quiso muriera á este tiempo.
y al instante mandó el Moro
que con el mismo esmero
que á su hijo la criara,
y fué tan grande el afecto,
que á la niña le tenia
que le deseaba el tiempo
de su razon para darle
de su ley los documentos.
Y al cumplir el primer lustro
le puso al punto un maestro
que de la mas rica tela
que habia en todo aquel reino
le hizo un rico vestido
para adorno de su cuerpo.
Todo su mayor cuidado
su agencia, y mayor desvelo
era cuidar de la niña
sin escepcion en aquesto.
Cumplidos los quince años,
su padre Don Cárlos, viendo
á su hija enterneciόse,
y á un retirado aposento
se fué; y puesto de rodillas
dijo estos siguientes versos.
Dulcísima y sacra Aurora
de la Victoria consuelo,
de todo el que está afligido
y del perdido remedio,
á vuestra piedad infinita,
madre de Dios hoy apelo

para que tu gran clemencia
suavice el duro pecho
de mi amo, que lo mueva
á que se de por contento
de mi servicio, y me dé
la libertad que deseo,
y á mi hija juntamente,
prenda que en el alma siento
esto señora, os suplico,
y á vuestra eleccion lo dejo.
Llegó pues el medio dia
conque á comer se pusieron,
y el moro dijo á Don Cárlos,
sabrás como hoy pretendo
concederte libertad,
y á tu hija, y con aquesto
despídete, que esta tarde
ha de ser tu partimiento;
y porque de mi te acuerdes
á tu hija le presento
esta joya de esmeraldas
por lo mucho que la quiero,
y si en alguna ocasion
te hallares corto de medios
no tienes sino avisarme
que remediarte te empeño,
toma para tu viaje
lo que fuere de tí electo,
apercíbete al instante
porque prevenido tengo
el navio, y al instante
del moro se despidieron,
y tambien les dió una cédula
para ir libres del riesgo,
y don Cárlos con su hija
se abrazó con tal contento
que con agua de sus ojos
regaron el duro suelo.
Entraron en el navio,
y con grande rendimiento
al simulacro divino
de la Victoria pidieron,
que los ampare, y los guie,
y fué tan próspero el viento
que á las diez horas llegaron
á Málaga, donde haciendo
visita á la pura Vírgen
dos corazones le dieron.
Visitaron á sus padres,
y de la señora hicieron
la diligencia, y estaba
en un sagrado convento,
y con gusto de ambas partes
las bodas se dispusieron,
y viven dándoles gracias
á la Reina de los cielos.
Y ahora Pedro Portillo
pide á todos los discretos
que la falta de esta letra
la perdonen como cuerdos.

FIN.